

JOAQUIN MARTA SOSA. Venezolano. Ha publicado en poesía los libros Anunciación, Proverbiales, Para la memoria del amor, Sol cotidiano, y en el campo conceptual y de análisis las obras Socio Política del Arte y Maquiavelo o la política como tarea del hombre. Ha traducido La educación como práctica de la libertad, de Paulo Freire. Profesor universitario y líder político de significativa figuración venezolana.

LA ECOLOGIA LITERARIA COMO RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR

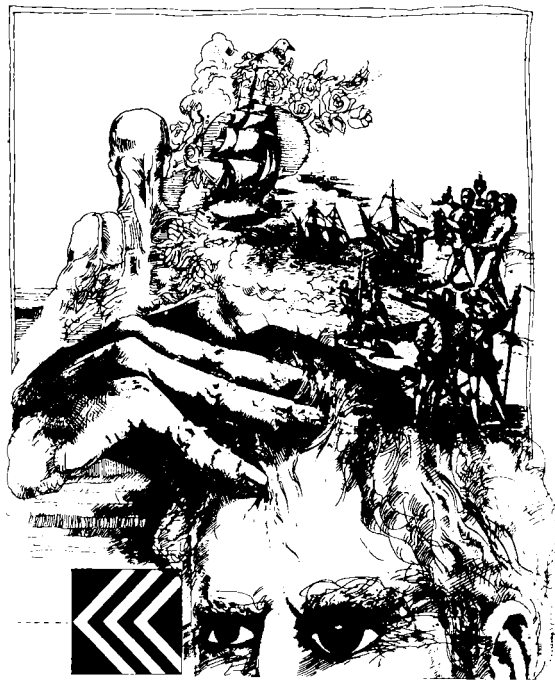
JOAQUIN MARTA SOSA

En general a la ecología se la define como el conjunto de conocimientos y de prácticas acerca de las relaciones “naturales” entre los componentes de un sistema de la naturaleza o de la sociedad vinculado con aquélla, de tal manera que dentro de esas relaciones cada uno de los componentes alcanza o se aproxima a su límite de plenitud.

La ecología se ha desarrollado como tecno-ciencia y, a la vez, como tema y cuestión social tratado y debatido de modo muy abierto y amplio. Esto, por supuesto, se debe a que sus asuntos tienen que ver con la existencia vital de la especie, de las sociedades humanas, de sus desarrollos posibles y previsibles.

Se habla, entonces, de la polución y de la destrucción de eco-sistemas determinados. Con ello se alude, por una parte, al incremento, hasta linderos difícilmente soportables, de los componentes tóxicos del hábitat y, por otra parte, a la acción mediante la cual determinados factores básicos de la relación ambiental óptima para el desarrollo y pervivencia de la especie humana, son destruidos de modo sistemático e irreversible, al menos dentro de un plazo que es intolerable para los organismos componentes de un eco-sistema determinado y, sobre todo, para las relaciones que entre ellos se mantienen y los mantienen.

En qué sentido las nociones anteriores pueden ser aplicadas a la producción literaria y las consecuencias que de ello se deriven, conforman el propósito de estas reflexiones que siguen. Todo ello, claro está, vinculado a la situación del escritor y a su responsabilidad, vistas desde las características de la literatura hispanoamericana actual.



Para el propósito dicho tomamos un punto de partida constituido por dos ideas centrales: la literatura en tanto producción socio-cultural forma parte del eco-sistema vital de la especie y, por otra parte, dado que el “envenenamiento” del eco-sistema humano forma parte de las consecuencias del desarrollo de un modelo civilizatorio determinado (cuyas expresiones orgánicas son el capitalismo y el socialismo existente —aun cuando este último sea una evolución más o menos antagónica de aquel modelo general—), la literatura como producto y productora, en parte al menos, de esa “civilidad”, de algún modo participa de sus degradaciones y, también, de sus expresiones disidentes: aquellas que se empeñan en crear niveles de conciencia, instrumentos y actos que negando dicho modelo civilizatorio superen la posibilidad del aniquilamiento, de la destrucción de las raíces vitales de un entorno y, así, detengan la dinámica alienante y deshumanizadora.

Desde este punto de vista sostenemos que en la literatura hispanoamericana de hoy coexisten en pugna, no siempre radical ni contradictoria ni evidente, dos tendencias: la *literatura de polución* y la *de comunicación*.

La primera es la predominante y hegemónica hoy y, además, se tiende a proponerla como la verdadera y natural literatura. La segunda es marginal, salvo casos de excepción y, casi siempre, es presentada como literatura “enrarecida” por el peso que la realidad y, a veces, la politicidad tienen en ella.

Justamente en el develamiento y confrontación de los rasgos de una y otra tendencias, en lo que cada una de ellas revela como concepción del trabajo literario, en lo que representan como pertinencia socio-histórica acerca de la responsabilidad del escritor, encontramos los diversos elementos de análisis, desde la concepción ecologista, para interpretar la función dominante y la posible y necesaria en la literatura hispanoamericana de nuestros días.

EL ECO-SISTEMA LITERARIO PREDOMINANTE

Hoy en día, sin que dejen de existir valiosas muestras de literatura de comunicación, predomina en las sociedades contemporáneas de Hispanoamérica (aun cuando no sólo en ellas) la de polución. En consecuencia, el eco-sistema literario predominante tiene unos rasgos muy definidos y explícitos.

En primer lugar está conformado por una literatura dependiente que se nutre casi exclusivamente de la importación de modelos, sin realizar casi ningún tipo de recomposición que le permita articularse de modo vivo a la concreta historicidad hispanoamericana.

En cierto sentido se trata del mismo proceso que se ha venido dando en las antiecológicas políticas de industrialización: la transferencia directa del “paquete tecnológico” y de sus modelos de realización y empleo. Y en este caso, como en el de la literatura, se produce aproximadamente el mismo efecto: la reducción del proceso de identificación y uso de nuestras realidades y posibilidades, y la entronización de procesos espurios de producción.

Tal es el caso de la importación del superrealismo, el estructuralismo, el simbolismo, el realismo socialista. Cada uno de ellos o prescinde o deforma la materia viva hispanoamericana (lengua y temática vital).

En segundo lugar, es una literatura fundamentalmente interesada en el “verbismo” más que en la comunicación. A veces se justifica esta circunstancia con aquella célebre frase: “y al principio fue el Verbo”, interpretada como si en el origen estuviese la palabra en sí, desnuda y primaria. Olvidan que *Verbo*, en el caso bíblico, y en el literario durante años, significó sobre todo *palabra creadora*, capaz de realizarse en praxis, en producción de nuevos elementos, hechos y relaciones. *Verbo* es la palabra genésica, no la palabra fonética.

Perdido, así, el sentido del *Verbo*, la literatura en Hispanoamérica (aunque no sólo en este ámbito geográfico) viene siendo cada vez más una comunicación de *yo con yo* (olvidado el prójimo) o, en otros casos, una suerte de diván vicario donde lector o crítico debe hacer de analista de los onanismos de la psique o de los narcisismos de la doxa del propio autor. El verbo devenido en fin en sí, esencialidad pura, calle sin salida, ciega.

Esa negación de la comunicatividad es doblemente polutiva. Hace del individualismo el centro del universo literario y del elitismo la única comunidad posible en el texto. Es decir: una literatura del yo para mis otros yoes. Por ello podríamos afirmar que en términos de conducta de clase el escritor hispanoamericano actúa más como aristócrata feudal que como burgués.

Finalmente, es una literatura que no da noticia sobre el “mapa” desde el cual está levantada (salvo una parte de la narrativa). Es una literatura de textualidad abstracta, sin referentes que vayan más allá del intento por difuminar, hasta donde sea posible, la realidad, colocada en un fondo tan remoto que se desfigura y dice de sí lo que ella no es a ciencia cierta.

Así, esta literatura contribuye a reforzar algunos de los objetivos del colonialismo cultural: borrar la identidad histórica, lo que contribuye a la estandarización cultural y, mediante ella, facilitar la penetración de la subcultura industrializada servida por las transnacionales en música, seriales de tv, filmes estereotipados, aparte del campo que abren a la subliteratura euro-norteamericana del best-seller.

Naturalmente, esta literatura de polución que llena de tóxicos cercanos a lo mortal, tanto a la lengua como a la memoria socio-nacional de Hispanoamérica, tiene ejemplares de calidad como objetos de literatura. Pero, a pesar de ello, son inútiles como sujeto, incapaces como lo son para establecer relaciones con mayorías, fortalecer la autonomía artístico-cultural, impedir la estandarización de la subcultura lingüística y social.

En fin, es una literatura que contribuye al desarrollo de enclaves culturales y que carece de pertinencia como factor beligerante, de reconquista o construcción de la identidad como aventura creadora del modo hispanoamericano, sea singular o plural, de hacer su propia historia.

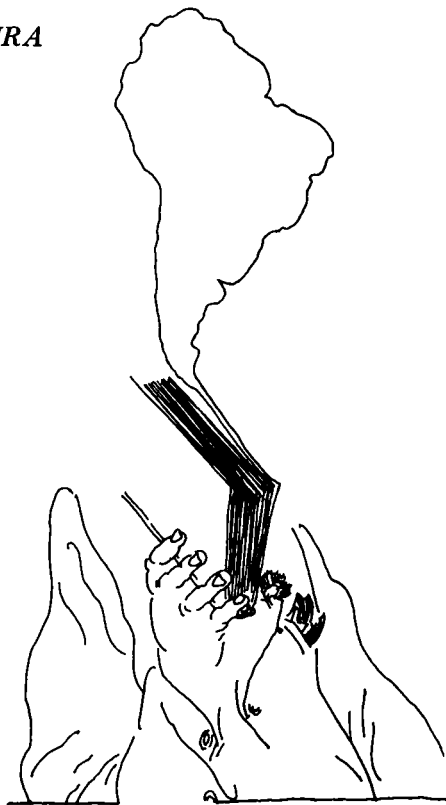
Es necesario, pues, salir de la literatura smog y comenzar a entrar en la literatura como centro de encuentro y comunicación societaria.

*L*IBERACION DE LA LITERATURA

La literatura, sobre todo si partimos de las afirmaciones anteriores, debe ser *responsable*. Debe hablar, responder por y con todos, otros (de los que el mismo autor forma parte), constituirse en comunidad del *nos-otros*.

Estamos, de nuevo, frente al viejo asunto de la función social de la literatura: ella debe responder, presentar, representar, dar noticia, del colectivo comunal (donde el mismo autor está incluido), de tal manera que rescate y objetive la realidad y posibilidad de conciencia y existencia socio-individuales.

Esa cuestión debe abordarse desde la siguiente perspectiva: la literatura es la más social de las artes, pues su instrumento técnico-estético (el lenguaje) es una cristalización social. Esto potencia la capacidad natural de la literatura para ser expresión societaria. Esa su sustancial naturaleza la lleva a emparentarse siempre con la expresión de fenómenos socio-humanos, a pesar de



que el escritor intente, y en primera evidencia logre, diluirlos en acrobacias y servidumbres verbistas. Además, y por los dos rasgos anteriores, el producto literario siempre está en un espacio-tiempo real con el que se

relaciona con mucho menos mediaciones en relación con las otras formas de arte, al punto de que ya es común hablar de arte y de literatura como entidades separables, con propia sustancialidad. Y, creo, esto se debe a que en lo literario entra, debe entrar, “lo que acontece en ‘la rúa’ ” de modo más intenso y patente que en cualesquiera de las otras formas artísticas.

En consecuencia, toda formalización que aparte a la literatura de su esencia y proximidad a lo histórico y social, aniquila y “tortura” su naturaleza, su función comunicativa, identificadora, de encuentro de la memoria activa y vital de la existencia y conciencia.

Por supuesto que la esencia de toda producción social es histórica, sujeta a cambios. Ahora bien, esas transformaciones posibles y necesarias sólo cobran sentido histórico real en la medida en que contribuyen a fortalecer el papel “natural” de la literatura. Así como las revoluciones sociales sólo tienen sentido en la medida en que acumulan justicia y libertad, pues ellas constituyen las relaciones “naturales” necesarias en la existencia societaria. Por ello, pues, afirmamos que la producción literaria ni debe asumirse como desinteresada ni comunicarse como elitidad. Ella, por su esencia social, debe ser, decimos, responsable.

En un mundo social que, como el hispanoamericano, requiere

de tantas transformaciones liberadoras, todos los productos que en él se realicen (y el literario es uno de ellos), para ser útiles deben colocarse y ser producidos en el epicentro de esa sociedad, ubicándose así dentro de los intereses históricos y no limitadamente individualistas, en una dinámica colectiva y no elitista.

De allí que la posibilidad de que nuestra literatura contemporánea sirva a la liberación, pasa por su propia liberación interior (como espacio particular de la liberación mayor, la social), para lo cual no es indispensable el apriori de la revolución social sino que, incluso, puede ser uno de sus antecedentes, de sus síntomas de necesidad y proximidad.

La literatura en su estado actual contribuye a liberar a la sociedad en la medida en que ella misma se libere de su propia polución, como proceso de limpieza de la atmósfera cultural societaria.

Dicha liberación interna es “objetivamente” posible por dos razones: la literatura es un espacio de resonancia muy alta de las contradicciones sociales y, además, porque en ella se instala un ámbito muy alto de conciencia crítica, cuestionadora. Todo ello en razón de que la literatura es, por naturaleza, creación dentro y con la materia social (hecho éste de la ecología literaria que se ha venido intentando anular, restringir, cuestionar su legitimidad). Y, además, por el hecho

de que los cambios en los componentes de la superestructura no siempre son el simple reflejo de modificaciones en la base económica sino que, incluso, se pueden producir independientemente de ésta como parte de una crisis histórica, estructural, de la sociedad, que suele expresarse primero en los medios de producción menos vinculados al poder (entre los cuales puede contarse la literatura).

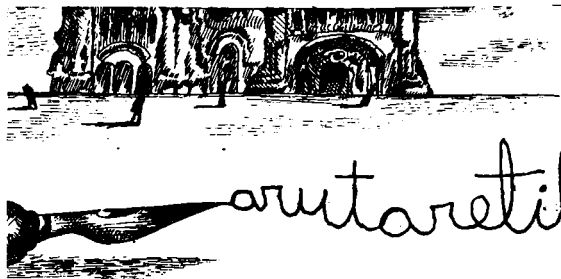
EL NUEVO ECO-SISTEMA LITERARIO

De todo lo que llevamos dicho desprendemos que es necesario crear un eco-sistema distinto en el interior y en las relaciones de la literatura hispanoamericana. Y ello sólo es posible radicalizando (ir a y aferrar las raíces) su socialidad.

En casi toda Hispanoamérica estamos ante un mundo en formación. Por ello es menos difícil aquí producir una transformación en la literatura si la articulamos más a ese mundo en génesis, haciéndola pertenencia de él y apropiándose de él en el mismo proceso que la va convirtiendo en propiedad de él.

Se trata de reconocer que el mundo es cada vez menos eurocéntrico en el plano de la cultura artística y de que, en general, el proceso civilizatorio contemporáneo parece marchar en el sentido de convertir en eje de la historia a las sociedades hasta ahora pretéritas, independientemente del tiempo que ello consuma (los síntomas forman ya gruesas evidencias).

Lo importante, entonces, para la fundación de ese nuevo eco-sistema que propugnamos y que ya se ha abierto paso por decenas de rendijas, en múltiples obras y propuestas, es su necesidad basada en: a) el carácter genésico, en formación, de las sociedades hispanoamericanas, b) la necesidad de una liberación global y cultural-literaria de esa comunidad social, c) la liberación tiene un alto componente de reconquista de la capacidad creadora y



del desarrollo de las identidades autónomas y d) es necesario limpiar de incomunicación y escoria formal-elitista y neutralista a nuestra literatura para que ella pase de tránsito del coloniaje a vía que contribuye a la liberación.

Sobre esos cuatro factores históricos, objetivos, es necesario construir una *literatura del estar* (la que incorpora la existencia concreta y hacia ella se dirige; la que se nutre de la totalidad concreta y no de la neutralidad abstracta) frente a la *literatura del ser*, metafísica, idealidad impertinente, esencialismos irreales.

En general, la *literatura de población* es una textualidad de esencias. Es decir, se nutre de espacios con la imaginación degradada, vacía de realidad, de juegos fonéticos con el lenguaje, y morfémicos y moná-

micos, que lo oscurecen e impiden su indispensable transparencia para comunicar con propiedad razones y sentimientos, denotaciones y connotaciones.

El escritor de ese tipo de literatura apenas compone planos verbistas, a veces estéticamente impecables, pero sin ninguna virtualidad socio-ética.

La *literatura comunicante*, necesaria y posible, es la que pudiéramos denominar como *textualidad de estancia*, puesto que ella radica su producción en la materia viva de la existencia social-humana. En ella, la personalidad del escritor, su punto de vista, la subjetividad, son el continente del mundo plural de las relaciones, potencialidades, imaginaciones, creatividades del territorio humano y social de la historia. No es una literatura con y sobre los

Valores, Eternidades, Universales, sino en torno a las categorías de la realidad real: la historia, la antropología cultural, la economía, los combates con sus frustraciones y esplendores, la política, la vida personalizada. En fin, es una literatura que porta cédula de identidad social. Y no se trata del realismo seco y científico, racionalista. Es un nuevo realismo, humanista y social, integrador de los diversos componentes de la existencia socio-individual, donde la subjetividad del escritor es siempre el medio y el modo para presentar potenciando, dramatizando, comunicando, las formas y contenidos del texto. Y así, y no por propuesta decretada, interviene en los niveles socio-individuales de conciencia y en la formación de espacios de conciencia original y creativa, de los cuales el mismo escritor es, con muchos otros, sujeto, destino y "cronista".

De esta posibilidad literaria hay ya significativos ejemplos. Voy a citar el que más me impresiona y apasiona: los *Talleres de Poesía* en Nicaragua, promovidos por Ernesto Cardenal y coordinados por Mayra Jiménez. Con ellos se ha dado la primera expresión histórica de una revolución que intenta socializar los medios de producción poética y no simplemente, aunque sería bastante, abaratar costo de libros, alfabetizar, masificar las ediciones. Se han incorporado las clases populares (soldados, campesinos, amas de casa, policías, estudiantes, cuidadores

de chanchos, lustrabotas . . .) a la escritura de buena e intensa poesía, donde la vida real, de un modo original y personalizado, penetra en la poesía y permite que ella sea crónica y arma viva de un tiempo, futuros textos de historia, geografía, zoología, botánica, psicología social, del país. Todo ello con un lenguaje que recobra la limpieza comunicativa. Esto ha logrado que la poesía vuelva a ser asunto público, artículo de consumo social y cotidiano, recitada en mercados, emisoras, anfiteatros, festivales. Allí están como muestra de los *Talleres* las insólitas antologías de *Poesía Campesina* y *Poesía de las Fuerzas Armadas*, recién editadas por el Ministerio de Cultura.

En fin, pues, un eco-sistema nuevo supone una *nueva literatura* que haga predominar el lenguaje social, la temática humano-histórica, individual-colectiva, la función comunicante y orgánico-creadora de los textos.

Entonces, ese numeroso grupo de escritores que estimulan la liberación social deben comenzar por practicarla en su propia "política" de producción literaria: la literatura no se debe separar de la vida como el escritor no se puede separar de su condición social.

Esa literatura comunicadora, de estancia, se escribe desde y hacia la "inmensa mayoría" (de la que el autor forma parte) y, así, se puede

cumplir la más importante misión de la literatura en nuestras sociedades: “proteger al pueblo con palabras”, es decir, incorporarse a él, a su lenguaje de palabras, sentimientos, para contribuir con él a la desalienación genérica. Y esto no supone disminuir calidad, supone crear otra.

Y esa es la situación y respon-

sabilidad con que se ha topado hoy el escritor de nuestra comunidad socio-lingüística. Sobre todo los inconformes. Los otros no dejarán de ser las usinas verbistas de una industria cultural tóxica.

Y es en este nivel de la reflexión donde ética y estética se dan la mano en el núcleo de la responsabilidad del escritor.

SITUACION Y RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR

Todo lo que hemos dicho sobre la literatura, en esencia, se ha dicho sobre el escritor, pues aquella es su obra. Y éste, independientemente de que su racionalidad artística y política lo ubique en el “campo” de las fuerzas disidentes, en su gran mayoría participa en la producción de un eco-sistema literario polucionante.

Esa paradoja (hombre revolucionario, escritor alienante) se nutre de una suerte de conciencia doble. Como escritores son artistas y producen literatura del ser o muy confusamente del estar. Como hombres participan de la “polis” y sus asuntos más exigentes. En el fondo se trata del cultivo de la ideología del arte como ente autónomo.

Hay excepciones, pero lo dominante es el escritor que disiente en la “polis” pero que se arraiga al eco-sistema literario que esa “polis” ha legitimado.

Los escritores “conformistas” son los únicos de conciencia integrada, monolítica: conservar la “polis” y la literatura que legitima a esa “polis”.

Me parece que en los casos de doble conciencia, su soporte social está constituido por el hecho de que el escritor procede de las capas medias de la sociedad, inestables, heterogéneas e ideológicamente contradictorias. De allí que se produzcan contenidos de conciencia desarticulados, donde coexisten liberación y conservatismo.

Y el contenido crítico de esa conciencia no lo resuelve el escritor en

su obra, que es su seguridad, sino en su versión de lo social, que es el componente de sus inseguridades. De allí que en la literatura separa temática de lenguaje o, simplemente, se regocija en éste, elitizando la producción literaria. Y en la sociedad integra movimientos disidentes sin pasar, en la mayoría de los casos, del “abajofirmitismo”.

Además, esa cesura entre las dos conciencias la fortalece la ideología liberal-positiva (clave nuclear de la conciencia burguesa), que propone la realidad como un hecho “natural”, no histórico, fragmentario y no total. Y, por ende, inmutable y parcelable, de tal manera que la parcela arte está fuera de la terrenalidad y sólo es cosa de los “elegidos”.

Entonces, la conciencia artística separada de la socio-política pudiera corresponder al problema del “amorfismo” político e ideológico de las clases medias y, al mismo tiempo, a la tradición positivista de lo estético como asocial.

Así, pues, el escritor separa y autonomiza su praxis ética y su praxis estética, pues cada una corresponde a distintas fuentes de conciencia. Y ambas praxis, en la mayoría de los casos, no tienen casi ningún punto de contacto entre sí.

Esa situación obliga como responsabilidad del escritor disidente al cierre de esa brecha, de esa fisura. Y ello es “objetivamente” posible. Veamos.



Las sociedades hispanoamericanas, cada una a su manera, viven fuertes antagonismos y luchas, sobre todo porque el combate y la ética liberacionistas están activos. Ello hace posible que la estética sea poco a poco

“invadida” por esos hechos y estimule a la integración de conciencia y praxis en el escritor.

Por otra parte, los escritores conformistas residen en una conciencia única. Ello demuestra que la unidad de conciencia y praxis no es imposible ni siquiera en los trabajadores artísticos de las clases medias. Pero, además, corrobora que, integrar la conciencia, liberada de las esencias de la ideología dominante, no es nada sencillo. Finalmente, escritores hay y obras existen donde esa homologación de conciencia y praxis disidentes se ha logrado. Ello significa que el proceso nada sencillo que antes hemos descrito, no es imposible. En consecuencia, en ciertas circunstancias, que están dadas en Hispanoamérica, la conciencia ética, independientemente del origen y ubicación social, puede llegar a condicionar la praxis estética, sin necesidad de un cambio previo en el entorno social.

Cobrado este nivel crítico del proceso posible de desarrollo de la conciencia y de su praxis correspondiente, se le hace posible al escritor radicalizar su conciencia ética como conciencia mayor con respecto a la estética. *“Me interesa la literatura al servicio de algo más grande que ella, como medio de expresión para denunciar las injusticias y anunciar que la revolución está cerca”*, dice Cardenal. Así, para que la literatura sea medio de expresión social y no pura catarsis o divertimento individualista, la radicalidad de la ética del escritor, desde la cual llega a comprender su carácter de productor de conciencia escindida, se construye desde una más intensa articulación del literato con la vida social en sus nudos más conflictivos. Es decir, la política no le puede ser ajena porque allí se decide el futuro, que no es un por-venir sino un por-hacer.

Para el escritor se trata de objetivar personalmente, porque en el entorno social y literario existen las condiciones “objetivas” que lo hacen posible, una triple radicalidad: la de su propia obra como expresión de una conciencia escindida, la de su propia ética como moral pre-social, la de su propia praxis como desarticuladora de su necesaria unidad humana. Y, en-

RA - EXPRESIÓN SOCIAL

tonces, comenzar a pasar a una conciencia orgánica, a una ética social como producto de la conciencia unificada, a un esfuerzo directo sobre la sociedad como producto de esa unidad y fuente nutritiva de su literatura.

Así, en el sector disidente de los escritores podría comenzar a producirse una *literatura de uso* que interesa, entreteje y comunica a las mayorías porque ellas alimentan esa nueva textualidad; que significa un paso hacia la liberación social desde la liberación literaria; que identifica y en ella se reconocen los sectores sociales que protagonizan el por-venir; que recupera la identidad social y la memoria humana e histórica.

Se trataría (como lo insinuara alguna vez Carpentier) de una especie de *textualidad neo-épica* donde el yo es, sobre todo, la cristalización del nosotros, de la solidaridad socio-histórica.

El paso a esta nueva literatura no se puede decretar ni obligar. Es sobre todo un problema de estados y niveles de conciencia, de desarrollo y enriquecimiento de la discusión crítica en torno a la producción literaria en nuestras sociedades.

Esta literatura de uso, neo-épica, tiene espacios ganados en la narrativa, la literatura testimonial y de análisis; apenas ha avanzado en el teatro; muy poco en la poesía; poco en la crítica.

Ampliar todos estos espacios ganados o por ganar es la principal responsabilidad del escritor disidente, hoy. Para ello necesita “saltar” a otra conciencia y asumir otro “programa” para su producción literaria. Así se lo están “encargando” los tiempos.

En cierto modo se trata de recuperar para el eco-sistema literario una cierta naturaleza primigenia: dar noticia, objetivar el mundo, enriquecer las subjetividades. Y esto se ha ido perdiendo de la misma manera como la economía ecológica (de uso para sustentar la vida) se ha transformado en economía de plusvalía (acumulación regresiva de la riqueza). Y así como muchos economistas ecológicos sostienen que el mejor modelo contemporáneo de desarrollo no es el que supone el crecimiento ilimitado, así la mejor literatura no es la que se funda en las experimentalidades infinitas. Como en la economía de plusvalía, dado un cierto nivel, a mayor inversión no se sigue una producción mayor, en la literatura a mayor experimentalidad (dado un cierto nivel) no se sigue mayor comunicación sino que ésta, por el contrario, disminuye. Por eso es necesario una literatura donde el escritor “no se atenga tanto a su imaginación y su fantasía, infladas por es-

piritualismos y adocenamientos de valores y degollación de la vida, y se sitúe en la fantasía y en la imaginación mucho más ricas de la realidad, la fuerte realidad, que tiene todos los colores, todos los gustos, todas las posibilidades, todas las intenciones y el espíritu. Yo también he pensado con bastante frecuencia en que si el lenguaje es para hablar con uno mismo, entonces no es lenguaje sino una oración, y uno, una mónada” (Antidio Cabal).

Entonces, pues, en una situación cuasi límite como la nuestra, el escritor tiene la responsabilidad, volvemos al principio, de proseguir acumulando polución en el eco-sistema literario y, así, hacerse cómplice del smog social o, por el contrario, comenzar a desbrozar la literatura para contribuir al desenrarecimiento de la atmósfera cultural y social.